

Los Libros

EL ALLIPÉN Y LA AOJADA, por *Francisco Contreras*. Edic. Sociedad
Escritores

Francisco Contreras fué un innovador y revolucionario en la poesía de su tiempo, cuando nuestro ambiente literario se agitaba bajo la influencia cercana de Rubén Darío, el indio divino embriagado de fulgores y armonías, que había de asombrar al hemisferio con su prodigiosa riqueza verbal. Contreras formó en la pléyade de González, Guzmán, Mondaca, Rocuant, y otros que lucharon por renovar la forma y el contenido de nuestra lírica, anquilosada hasta entonces en la repetición de maneras tradicionales, heredadas del romanticismo español. Más audaz que sus contemporáneos, Contreras no se conformó con renovar el lenguaje, sacándolo de sus expresiones manidas y gastadas, con la audacia de las imágenes y la musicalidad del vocablo, sino que buscó en los resortes de la litografía y tipografía recursos de novedad, para sorprender e irritar el convencionalismo y estancamiento del gusto de su época. Así, publicaba sus libros en papel azul, con hermosas ilustraciones y viñetas, con dedicatorias tan singulares como aquellas a la Señorita Primavera o al Príncipe Matiz. Su poema «Raúl», editado en Santiago con una elegancia y refinamiento de detalles desusados en el país, fué escándalo de burgueses y deleite de todos los que hallaban su placer en abrir nuevos cauces a la inquietud y ampliar los me-

dios de exteriorización de las emociones. A veces estas innovaciones caían en la trivialidad, pero siempre estaban dictadas por un sano impulso liberador de la férrea rigidez de la costumbre.

Después Contreras se traslada a Francia, donde ejerce las bellas letras, como función esencial de su vida, durante muchos decenios, hasta llegar a desaparecer de la memoria de sus amigos, que lo recuerdan, tardía y esporádicamente, por referencias de viajeros o el eco de sus éxitos. El «*Mercure de France*» lo hace su crítico literario para la producción de habla española, honor singular, que lo pone en trato con todas las celebridades peninsulares y americanas que van a buscar en París la consagración mundial de su fama. La producción de Contreras en estos años es abundante. Ha hecho del arte el objeto de su vida y su producción se desborda en libros, revistas y diarios. Pero no todo lo alcanza a publicar en vida. Quedan muchas obras inéditas a su fallecimiento, que su viuda ha dado a las prensas.

«*El Allipén y la Aojada*» son dos leyendas o tradiciones aborígenes, que el novelista ha revestido de apropiado argumento, hermosas descripciones de ambiente y observaciones de carácter y costumbres criollas. Evidencian una faceta desconocida del autor, ubicado en el consenso general como poeta modernista, renovador de cánones poéticos y como crítico de intensa y extensa labor. Gana sin duda el autor al multiplicar sus actividades y ensanchar el campo de sus exploraciones literarias. Pero es difícil que un chileno, desarraigado por tantos años del suelo, que fué a beber en Europa los jugos de viejas y extrañas culturas, que afinó sus instrumentos en el estudio de Renán, Sainte Beuve, Gourmont y demás estetas finiseculares, realice obra definitiva en el criollismo, gracias al solo poder de la evocación amorosa y lejana del terruño. Se nota en estas novelas breves que están escritas desde lejos, falta el aire de la tierra, su atmósfera vital, su influencia telúrica, los elementos que sólo entrega la observación inmediata y directa. Se interpone en el pensamiento del lector la obra copiosa y valiosa de nuestros criollistas, que han

llegado a la perfección en el género con Baldomero Lillo, Latorre y Durand. Estas novelas no consiguen convencernos ni vencernos, ya que la obra de arte ha de realizar el milagro de la rendición incondicional del lector ante la magia de la creación.

No obstante, Francisco Contreras ha logrado dotar a nuestras tradiciones folklóricas de dos hermosas obras, que enriquecen el acervo de las letras puramente chilenas, a la vez que se nos muestra desde un ángulo nuevo, dando fe de la variedad y extensión de sus aptitudes.



JOSÉ SANTOS OSSA, por *Julio Iglesias*. Ediciones «Cultura.»

Julio Iglesias, hijo de Antofagasta, sobrino de Augusto Iglesias, que ha hecho célebre su pseudónimo de Julio Talanto ha rendido un hermoso homenaje al descubridor del salitre del Salar de Atacama, que hizo la grandèza de esas tierras cuando aun pertenecían a Bolivia.

El libro está lleno de interés, tanto por tratarse de uno de los más esforzados y varoniles héroes del Desierto, cuanto por la forma anecdótica, liviana y agradable que el autor ha dado a su biografía. Ossa fué una fuerte y rica personalidad, un hombre a quien no arredraron los fracasos ni las fatigas, que conoció la opulencia y la pobreza, que vivió una vida plena, tanto en la fortuna y los halagos de la riqueza y el poder, como en la lucha constante contra los riesgos y sacrificios de los cateos y la azarosa aventura del minero. Llevaba en su frente el signo de los predestinados y nada podía desviarlo de sus altos designios. Con su secretario particular, don José Abelardo Núñez, que había de cumplir tan destacada misión en la enseñanza, recorrió pampas y desiertos, alucinado por la intuición de derroteros de milagro y florones mágicos. Muchas veces sus búsquedas se vieron coronadas por magníficos hallazgos. Entonces el caminante